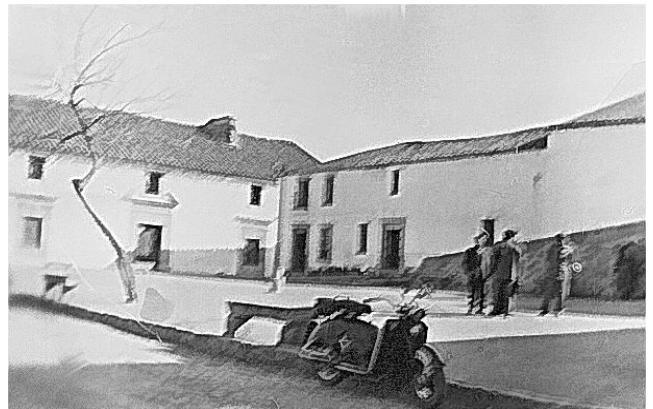


Historias para el Recuerdo

“GRAN CINEMA ORELLANA” Una Ventana a la Modernidad

Era verano. El siguiente al día más largo del año, del decimoquinto de la victoria dirían algunos, se avecinaba en El Valle de Los Pedroches sin pena ni gloria. Y el pueblo que le daba nombre, no por eso iba a ser distinto. Aunque comenzaba a percibirse lentamente que cada vez eran menos.

En las escasas tabernas que asomaban a la terriza plaza, presidida por la fachada vieja del ayuntamiento, se oían los comentarios de la noche anterior. Algunas calles del pueblo hacía tiempo que habían comenzado a retomar tímidamente la celebración de San Juan, sobre todo los jóvenes. El crepitar de las pocas hogueras, daría paso a una limpia noche de verano. Ocasión para el amor juvenil a hurtadillas, para el corretear de los chiquillos por las callejas sembradas de gordos guijarros, para la charla, para la crítica y el desahogo en tiempos difíciles como aquellos; donde la creatividad y la imaginación eran fundamentales para divertirse, incluso para seguir viviendo.



Entre las voces que resonaban aquella cálida mañana de Junio en el bar El Quiosco, que regentaba Alfonso Sánchez, hombre cabal y listo donde los hubiera, era la de Juan –Juanito para muchos-, el que tenía el Cine. Todos querían saber de antemano los estrenos que aquellas fiestas traería al pueblo. Y especialmente uno. Todavía faltaban días, pero el séptimo arte comenzaba a levantar pasiones y esta era una actividad central de aquellos días de septiembre. “ Si queréis saber mas –decía, mientras apuraba el vasito dorado de Moriles- preguntárselo a vuestros chiquillos. Esta noche daré gratis para ellos con motivo de mi día algunos trailers y algunos informativos. Y que sepáis, que no me gustan que no vayan. –alzó la voz con sonrisa burlona-... Que aquí somos muy nuestros para eso de agradecer lo que se hace, ya quemaron bastantes chismes anoche ”. El grupo rió con las cosas de Juan.

Tenía acordado con D. Mariano, el alcalde, proyectar a todo el pueblo en los penúltimos momentos de la feria una película desde el balcón del ayuntamiento, y claro, cada uno tenía su preferida.

Juan era un hombre típico de su tiempo. De temperamento irónico y tozudo. El mayor de varios hermanos y por tanto con ciertos privilegios sobre los otros. Vivió su juventud en aquellos gloriosos años veinte, donde se respiraron momentos de paz, prosperidad y esperanza en Europa, aunque aquí no nos tocara mucho de aquello. Había recorrido Andalucía y La Mancha trabajando, aprendiendo y viviendo, antes de dedicarse a la Modernidad de dar cine; sirvió dos años a la Republica en Madrid, estuvo en los dos frentes cuando la última contienda, terminando siendo prisionero. Le gustaban los coches y los motores. Aprendió de adolescente a conducir en el único que había en el pueblo por aquellos días, el Ford de pedales de D. José, amigo de su tío, con el cambio de marcha en el estribo. Juanito fue un autodidacta, como muchos de la época. Asombrado y atraído por los nuevos avances que la técnica y la ciencia ofrecían entonces aprendió oficios según le iban viniendo. Sabía un poco de todo, como buen hombre de pueblo de aquella España rural nuestra donde la poca tecnología que había se encontraba en la capital, a tres horas de viaje en una camioneta.

Su curiosidad y empeño le llevó a través del mundo de los negocios, la mecánica, la electricidad, y los motores. A la electrónica llegó tarde –me dijo en una ocasión-. Yo le conocí

ya de mayor, cuando le estaban pasando la factura los años del hambre vividos, y guardaba en su casa de Carmona como trofeo de una vida llena de avatares un antiguo amplificador de válvulas, la célula fotoeléctrica de la cascada máquina de cine y un par de manuales sobre electricidad y operador de cine de primeros del siglo XX —que aún conservo en la estantería de libros antiguos de casa—. Restos de una nave que cruzó muchos mares y sobrevivió bastantes tempestades.

Con la llegada de las primeras sombras de aquel día penúltimo de la feria en honor de la Patrona, fueron apareciendo en la plaza hombres, mujeres y niños cada uno con su silla, ocupando ambos espacios a un lado y a otro del grueso telón blanco que servía de pantalla. La película se convertía así en todo un acontecimiento social y cultural. Era la ocasión para reunirse con los amigos, para encontrarse con los vecinos y hacer ciudadanía, para coincidir con quien te interesaba o con quien no querías. Era la oportunidad —tal vez demasiado fugaz— para otro mundo, otra cultura, otros colores... otros vientos tenían la ocasión de ser vistos a través de aquella ventana abierta al Cine, en una sociedad y en unos tiempos monocromáticos. Un momento —para muchos el único— de zarandear las ideas, los sentimientos y la imaginación, que no tiene fronteras. Había una fila “Vips” (que diríamos ahora), reservada para las autoridades civiles, eclesiásticas y militares.

D. José Ruiz, el cura, le había dicho a Juanito, su amigo, en la taberna del Tío José muy de mañana: “No tengo que decirte nada para esta tarde, verdad Juan, que estará todo el pueblo, incluido los niños, a ver que nos pones”. A lo que él respondía con una sonrisa socarrona mientras apuraba el Rute que compartían. Uno seguiría para su misa temprana, otro echaría una cabezadita antes de ir a Pozoblanco a recoger las bobinas conteniendo el mágico celuloide.

Por fin hubo oscuridad suficiente. Los amperios de aquellas luces no eran muchos por lo que la máquina del cine tenía su propio sistema autónomo. Los dos carbones de grafito se fueron acercando progresivamente guiados por el pulso concedor de Juan y el arco voltaico salto entre ambos, produciendo una intensa luminosidad blanca que él calibraba a través de un cristal negro dispuesto a tal efecto. El rayo de luz potente salió de su bombona metálica, cruzó las lentes del objetivo y el celuloide que corría a la velocidad adecuada, y se proyectó desde la balconada sobre el lienzo, llenando de vida ambos lados de la pantalla. El paño de muselina morena flameó un poco al viento leve que refrescaba la noche, distorsionando los rostros, como una vela que ciñe. Las letras NODO aparecieron por el arte y la ciencia de los hermanos Lumiere, y la peculiar música, reconocida por todos los asistentes, logró el silencio del patio de butacas. La sesión había comenzado.

Entrado ya el día 25, Juan recogía la máquina y los artilugios junto a su ayudante Manolete y algunos otros, que terminaron celebrándolo en la tasca de Manolito. Aquella noche hubo que repetir alguna escena a petición del público —que es quien manda en estos casos—, bajo la mirada fulminante de alguna autoridad asistente dirigida de soslayo al operador de la cámara, como diciendo: “A ver que haces ahora Juan”. Pero él como buen hijo de su pueblo hacía lo que creía mejor para él y para los suyos.

El sábado siguiente, último de la temporada, ya de atardecida, Encarna, su hermana, volvía a descorrer la portezuela de la taquilla de la calle Arzobispo Barrios. Y cuando, llegada la hora de las estrellas, acompañadas ya de algún relente, José Reyes abriera los viejos portones de madera del corralón de los Orellana, se daría la posibilidad, a los que quisieran, de cruzar una vez más un puente fascinante. Un puente invisible, colorista y sonoro hacia el mundo del séptimo arte. Una pasarela directa entre el glamour de la colina de Hollywood en California y la vetusta villa de Pedroche. Una ventana abierta a la modernidad, en tiempos de sequía.